

LIBRO VI.

Cuenta lo que hizo en Milan en el año 30 de su edad, fluctuando en sus dudas todavía. Confiesa que san Ambrosio poco á poco le hizo ir conociendo que la verdad de la fe católica era probable. Mezcla también muchas cosas de Alipio y de sus buenas costumbres; y refiere el intento que él y su madre tenían de que tomase el estado del matrimonio.

CAPÍTULO I.

Como Agustín ni era ya maniqueo ni católico.

1. ¿Dónde estábais, Señor, y á dónde os habíais retirado por lo tocante á mí, Dios mio y toda mi esperanza desde mi juventud? ¿Por ventura no me habíais Vos criado y llenado de dones, que me diferenciaban de todos los animales de la tierra y de las aves del aire? Mas sábio y capaz me hicísteis que to-

dos ellos; pero yo andaba por lo sombrío de la tierra como los unos, y por lo resbaladizo del aire como los otros: os buscaba por fuera de mí, Dios de mi corazón, y no os hallaba; antes vine á parar en un profundo abismo, desmayando y perdiendo la esperanza de hallar yo la verdad.

Ya mi madre había venido á mí¹, siguiéndome por mar y tierra, llena de fortaleza y piedad, y segura en todos los peligros por la confianza que tenía en Vos; pues en los riesgos del mar y tormentas que padecieron en el viaje, ella misma consolaba á los marineros, siendo ellos los que suelen consolar y animar á los otros navegantes que, por falta de experiencia de los peligros del mar, se afligen y atribulan en semejantes ocasiones; y además de eso les prometía, que habían de llegar sanos y salvos al puerto deseado, porque Vos en una vision se lo habíais revelado y prometido².

Al fin me halló en tan grave peligro, como es el estar desesperado de poder hallar la verdad. No obstante, habiéndole yo dicho que ya no era maniqueo, pero que tampoco era católico cristiano, mostró mucha alegría, aun-

que no tanta como si oyera una cosa no pensada; porque ya contaba verme libre de aquella parte de mi miseria, que la habia obligado á llorarme como muerto, pero como á un muerto á quien Vos habíais de resucitar para vuestro servicio, y que ella traia siempre en las andas de su pensamiento, esperando que dijéseis al hijo de esta viuda, como al de la otra del Evangelio: *Mancebo, contigo hablo, levántate*; y que él resucitase y comenzase á hablar, y Vos se le entregáseis á su madre. Habiendo, pues, oido que ya habíais hecho en mí mucha y gran parte de lo que todos los dias os pedia con lágrimas que hiciéseis (pues si yo no estaba todavía *quietado* en la verdad, estaba ya *quitado* del error y falsedad), no por eso se alteró su corazon con ningun movimiento de alegría inmoderada; antes bien porque estaba muy segura de que tambien le habíais de conceder la parte que faltaba, porque Vos le habíais prometido el todo, me respondió muy sosegadamente y con un corazon lleno de confianza, que la fe que tenia en Jesucristo le hacia esperar firmemente, que antes que ella saliese de esta vida, me habia de ver católico cristiano.

Esto es lo que me dijo á mi; pero delante de Vos, fuente inagotable de misericordias, multiplicaba oraciones, y derramaba mas copiosas lágrimas para que os dignáseis de acelerar vuestros auxilios y de alumbrar mis tinieblas. Acostumbraba acudir mas cuidadosa y apresuradamente á vuestro templo, y pendiente de las palabras de Ambrosio *recibia de su boca aquellas aguas vivas que dan la vida eterna*, pues ella amaba y respetaba á aquel varon santo como á un ángel de Dios, porque sabia que él era quien me habia puesto en aquel estado de dudas en que yo vacilaba, el cual presentia mi madre con toda certidumbre, que era el medio por donde habia yo de pasar desde mi dolencia á la sanidad, interponiéndose provechosamente aquel mayor peligro en que me hallaba, al modo del que los médicos llaman *accesion crítica*.

NOTAS.

¹ La ida de santa Mónica á buscar á su hijo fue por la primavera del año 385.

² Alude al sueño, y á lo demás de que se habló en el lib. v, cap. ix.

CAPÍTULO II.

De las viandas y ofrendas que acostumbraban llevar los fieles en África á los sepulcros de los Santos mártires.

2. Queriendo mi madre llevar á la Iglesia, donde se veneraban las reliquias de algunos Santos, la ofrenda de pan, vino y otras viandas ¹, como lo acostumbraba en África, fue detenida por el ostiario del templo; pero luego que supo que aquello estaba prohibido en Milan por el obispo, con tal piedad y obediencia abrazó el mandato, que yo me admiré de ver con qué facilidad eligió antes reprenderse á sí misma sobre aquella costumbre, que examinar las razones que habia para que se prohibiese. No estaba poseida del vicio de la embriaguez, ni el amor al vino la incitaba á aborrecer la verdad, como á otros muchos hombres y mujeres, á quienes hablarles de la templanza y sobriedad les mueve tanto á vómito, como el vino con mucha agua á los que se han embriagado. Mi madre trayendo su canastillo á la iglesia con las viandas acos-

tumbradas, las cuales se debian probar antes de ofrecerse, no ponía en él mas que un pequeño vaso de vino tan aguado como pedía su paladar, acostumbrado á la sobriedad y templanza, para tomar de allí aquel sorbo que requería la ceremonia. Y si eran muchas las reliquias de los Santos que ella quería venerar con aquella ofrenda, llevaba aquel mismo vasito para ponerle en todos los sepulcros que visitaba; por manera que aquella corta cantidad de vino muy aguado y templado repartido en pequeños sorbos, servía para todos los sepulcros donde ponía su ofrenda; porque lo que ella pretendía en esto era cumplir con su piedad y devoción, sin buscar el deleite y gusto del paladar.

Luego, pues, que entendió que aquel insigne y apostólico predicador y prelado celosísimo de la piedad habia mandado que no hiciesen ofrendas semejantes, aun aquellas personas que sóbria y templadamente las hacían, ya por no darles ocasion alguna de embriaguez á los destemplados y vinosos, ya tambien porque aquellas como honras funerales tenían mucha semejanza con la supers-

ticion de los gentiles; pronta y gustosamente se abstuvo de continuarlas; y en lugar del canastillo lleno de frutos terrenos, aprendió á llevar á los sepuleros de los Mártires su mismo corazon lleno de los mas puros y fervorosos afectos, como tambien algo que pudiese dar á los pobres, para que así se celebrase la comunicacion con el cuerpo de Cristo, á cuya imitacion fueron sacrificados y coronados los Mártires.

Pero me parece, Dios y Señor mio (y no me queda otra cosa acerca de esto en mi corazon, como Vos lo veis), que acaso mi madre no hubiera desistido fácilmente de aquella costumbre que debia atajarse, si se la hubiese prohibido otro á quien no amase tanto como á Ambrosio, al cual por lo que cooperaba á mi salvacion, amaba con muchísimo extremo. Él tambien la amaba por el método de su vida religiosísima, y el fervor de espíritu con que se ejercitaba en buenas obras, y frecuentaba la iglesia; tanto que muchas veces cuando me veia, prorumpia en sus alabanzas, dándome la enhorabuena de que tuviese tal madre; no sabiendo él cuál hijo era

yo, que dudaba de todas aquellas obras de piedad, y no creia que se pudiese hallar el camino de la vida eterna.

NOTA.

¹ Santa Mónica, como en la primitiva Iglesia acostumbraban hacer todos los fieles (á excepcion de los que eran muy pobres), seguia en Milan la costumbre que tenia en África de llevar á la iglesia pan, vino y otros manjares, de lo cual se formaba el agape ó convite de los pobres: costumbre que observaron todas las iglesias del Oriente y Occidente, practicada en los primeros siglos por todos los Cristianos y dimanada de los mismos Apóstoles. Y segun san Gregorio Nazianceno, por tres motivos se hacian estos convites: en los dias del nacimiento, en los de las bodas, y en los de los entierros. De estos convites se comenzó á abusar, y en diversas iglesias se fueron quitando poco á poco. San Ambrosio los habia prohibido en su tiempo, segun prueban de este pasaje de san Agustin los autores que tratan de esta materia, y determinadamente Julio Selvagio, en el lib. 3 de sus Antigüedades cristianas, c. 9, núm. 35.

CAPÍTULO III.

De las ocupaciones y estudios de san Ambrosio.

3. No cuidaba yo entonces de gemir orando delante de Vos para que me socorriéseis, sino que toda mi alma estaba cuidada y ocupada en inquirir la verdad, é inquieta y desasosegada en discursos y disputas para hallarla. Al mismo Ambrosio le consideraba como un hombre dichoso y feliz, segun el mundo, viéndole tan honrado de los grandes y poderosos de la tierra, si bien el celibato que él observaba me parecia cosa dura y trabajosa. Pero ni yo habia experimentado en mí, ni aun por conjeturas podia conocer la grande y firme esperanza que él tenia en Vos; sus combates contra las tentaciones de vanidad y soberbia, que le ocasionaba su excelencia misma; los consuelos que le comunicábais en sus adversidades, y los sabrosos gustos que percibia el interior paladar de su alma, rumiando el pan de vuestra celestial doctrina; ni tampoco él sabia las congojas de mi corazon, ni la profundidad

del precipicio á donde estaba yo para caer. Porque yo no podia preguntarle todo lo que queria y del modo que queria, por la multitud de gentes que le ocupaban con diversos negocios, y cuyas urgencias y necesidades se llevaban los cuidados de quien deseaba aprovechar y servir á todos: eso me impedia á mí el poder hablarle y aun el verle. Cuando no estaba con aquellas ocupaciones y negocios, que era por muy poco tiempo, le gastaba en dar á su cuerpo el sustento necesario, ó en la leccion, que es el alimento del alma. Pero cuando leia, llevaba los ojos por los renglones y planas, percibiendo su alma el sentido é inteligencia de las cosas que leia para sí, de modo que ni movia los labios ni su lengua pronunciaba una palabra.

Muchas veces me hallaba yo presente á su leccion, pues á ninguno se le prohibia entrar, ni habia costumbre en su casa de entrarle recado para avisarle de quién venia; y siempre le ví leer silenciosamente, y, como decimos, para sí, nunca de otro modo. En tales casos despues de haberme estado sentado y en silencio por un gran rato (porque ¿quién se habia de atrever á interrumpir con moles-

tia á un hombre que estaba tan embebido en lo que leía?) me retiraba de allí, conjeturando que él no quería que le ocupasen en otra cosa aquel corto tiempo que tomaba para recrear su espíritu, ya que por entonces estaba libre del ruido de los negocios y dependencias ajenas. También juzgaba yo que el leer de aquel modo seria acaso para no verse en la precision de detenerse á explicar á los que estaban presentes, y le oirian atentos y suspensos de sus palabras, los pasajes que hubiese mas oscuros y dificultosos en lo que iba leyendo: ó por no distraerse en disputar de otras cuestiones mas intrincadas, y gastando el tiempo en esto repetidas veces, privarse de leer todos los libros que él quería. Sin embargo, el conservar la voz, que con mucha facilidad se le enronquecia, podia tambien ser causa muy suficiente para que leyese callando y solo para sí: en fin, cualquiera que fuese la intencion con que aquel gran varon lo ejecutara, seria verdaderamente intención buena.

4. Lo cierto es, que yo no podia lograr la ocasion de preguntarle todo lo que deseaba, ni oír las respuestas de aquel tan sagrado

oráculo, que Vos teniais en el corazon de Ambrosio, sino que fuese acerca de alguna cosa que brevemente y como de paso se hubiese de resolver. Pero aquellos mis cuidados y desasosiegos requerian que estuviese muy desocupado el sujeto con quien habian de comunicarse, y ese no le hallaban. Oiale sí predicar al pueblo todos los domingos, y explicar rectamente el Evangelio; con lo qual mas y mas me confirmaba en el juicio que ya tenia hecho, de que muy bien podian desatarse los nudos de maliciosas calumnias, que aquellos impostores maniqueos hacian contra los Libros sagrados.

Luego que llegué tambien á averiguar que aquello de la Escritura que dice: *que hicisteis al hombre á vuestra imágen y semejanza*, vuestros hijos espirituales que por la gracia reengendrasteis en el seno de nuestra madre la Iglesia católica, no lo entendian de tal suerte, que ellos creyesen ni pensasen que Vos teniais un cuerpo tambien de la forma y figura del cuerpo humano; aunque yo todavía no alcanzaba á imaginar y formar concepto de lo que es un puro espíritu ó sustancia espiritual siquiera levemente y en con-

fuso ; con todo eso tuve una alegría mezclada de vergüenza de ver que tantos años hubiese yo ladrado ; no contra la fe católica, sino contra las ficciones y quimeras que los vanos y carnales pensamientos de los hombres habían fabricado. En tanto habia incurrido en aquella temeridad é impiedad, en cuanto habia dicho reprendiendo lo que debia haber aprendido preguntando. Así habria conocido que Vos, Señor, aunque seais altísimo y ocultísimo, estais al mismo tiempo próximo y presentísimo á todas las cosas : que no constais de miembros, unos mayores y otros menores, sino que todo entero estais en todas partes, y no estais contenido en ningun lugar ó espacio ; que no teneis esta configuracion del cuerpo humano ; y con todo eso es ciertísimo que hicisteis al hombre á vuestra imágen y semejanza , siendo así que él desde la cabeza á los piés tiene extension y está ocupando lugar.

CAPÍTULO IV.

Como oyendo predicar á san Ambrosio, entendió la doctrina de la Iglesia, que antes no entendia.

5. Supuesto que yo ignoraba cómo debia entenderse que el hombre era imágen vuestra, en lugar de insultar á los Católicos y argüirlos como si ellos hubieran creído alguna vez lo que yo me habia figurado ; debiera consultarlos, para que respondiendo á mis propuestas, me enseñasen cómo aquella razon de imágen debia tomarse, y habia de creerse. Así tanto mas vivamente me consumia el cuidado y deseo de conocer lo cierto y abrazarlo, cuanto mas me avergonzaba de haber vivido engañado tanto tiempo, y burlado con la promesa de que hallaria lo cierto ; de haber procedido con osadía y terquedad pueril en afirmar y sostener tanta multitud de cosas inciertas y dudosas, como si fueran muy ciertas y averiguadas. Si mas adelante conocí claramente que eran falsas, ya sabia antes que no eran ciertas, y no obs-

tante obraba como si lo fuesen, cuando con ciega porfía acusaba á vuestra Iglesia católica. No me constaba todavía que esta enseñase las doctrinas verdaderas; pero sí el que no enseñaba aquellas cosas que yo tan gravemente habia vituperado y reprendido.

Yo, pues, me avergonzaba, volvia sobre mí y me alegraba, Dios mio, de que vuestra Iglesia, única esposa de vuestro único Hijo, en la cual siendo yo niño se me comunicó el nombre de Cristo, no adoptase ni creyese tan pueriles simplezas, ni tuviese entre los dogmas de su sana doctrina, que Vos que sois el Criador de todas las cosas, tuviéseis un cuerpo limitado por todas partes, como corresponde á la figura y miembros del cuerpo humano, y consiguientemente estuviéseis como encerrado en lugar ó espacio alguno, aunque fuese muy grande y dilatado.

6. También me alegraba de que las antiguas Escrituras de la ley y los Profetas no se me proponian ya de modo que las leyese con los ojos con que antes las miraba, cuando me parecian absurdas, y cuando acusaba y reprendia á vuestros santos, imputándoles que creian aquellos absurdos que á mí me

parecia haber allí; siendo así que ellos no sentian de aquel modo, ni creian lo que yo me habia figurado. Muy alegre y contento oia predicar á Ambrosio, el cual como si á propósito y con todo cuidado propusiera y recomendara la regla para entender la Escritura, repetia muchas veces aquello de san Pablo: *La letra mata, pero el espíritu vivifica*: cuando quitado el misterioso velo de algunos pasajes, que entendidos segun la corteza de la letra parecia que autorizaban la maldad, los explicaba en sentido espiritual tan perfectamente, que nada decia que me disonase, aunque dijese cosas que todavía ignoraba yo si eran verdaderas.

Y era que temiendo yo precipitarme, suspendia mi juicio sin dar asenso á nada; y me mataba mas que el precipicio, el estar así como colgado y suspenso. Quería yo que se me hubiera hecho tan clara demostracion de las cosas que no veia, que tuviese tanta evidencia de ellas, como la tenia de que siete y tres son diez. Pues no estaba yo tan loco que juzgase que ni aun esta verdad podia comprenderse; antes bien con la misma claridad y certidumbre con que conocia esta verdad,

queria y deseaba comprender todas las demás cosas, ya fuesen corporales, pero ausentes ó distantes de mis sentidos; ya fuesen espirituales, de las cuales no sabia formar sino ideas corpóreas.

Yo hubiera podido sanar, si me hubiera determinado á creer: pues siendo los ojos de mi alma purificados y fortalecidos por la fe, se dirigiera de algun modo á vuestra verdad, que siempre permanece y por ninguna parte es defectible. Pero como suele acontecer que el enfermo que cayó en manos de un mal médico teme despues entregarse á otro, aunque sea bueno; así era la disposicion y estado de mi alma, que no podia sanar sino creyendo, y rehusaba esta curacion temiendo creer alguna falsedad. Por esto es que se resistia á ponerse en vuestras manos, con las que Vos, Dios mio, confeccionásteis la medicina de la fe, y la esparcisteis por todo el mundo para curar sus dolencias, á cuyo efecto le dísteis tan grande autoridad y preeminencia.

CAPÍTULO V.

De la autoridad de los Libros sagrados, y cuán necesario es el uso de ellos.

7. Pero tambien en esto daba yo la preferencia á la doctrina católica, pues conocia que si ella mandaba creer lo que no demostraba, ya fuese porque no habia sujeto capaz á quien hacerle estas demostraciones, ya porque la materia no fuese demostrable, era modestamente y sin engaño alguno; á diferencia de la doctrina de los Maniqueos, que comenzaban burlándose de la credulidad de los que los seguian, prometiéndoles con temeraria arrogancia no enseñarles cosa alguna que no fuese cierta y demostrada; y despues los obligaban á creer ciegamente una infinidad de cosas falsísimas y absurdísimas, que no se las podian probar ni demostrar.

Despues de esto Vos, Señor, con vuestra mano suavísima y misericordiosísima fuisteis poco á poco ablandando y componiendo mi corazon, haciéndome considerar cuán innumerable multitud de cosas creia yo sin ha-

berlas visto, y sin haberme hallado presente cuando se ejecutaron, como son tanta multitud de sucesos que refieren las historias de los gentiles; tantas noticias de pueblos y ciudades que yo no habia visto; tantas cosas como habia oido y creido á los amigos, á los médicos y á otras mil personas, las cuales cosas si no las creyéramos, no podríamos absolutamente hacer nada en esta vida. Y por último consideraba con cuánta seguridad y firmeza creia yo quiénes fuesen mis padres que me habian dado el ser y vida; cosa que no pudiera saberla si no la hubiera creido solamente por haberla oido. Estando yo reflexionando todo esto, me persuadisteis á que habiendo Vos establecido la autoridad de vuestras sagradas Escrituras en casi todas las naciones del mundo, no debian culparse aquellos que las creian, sino los que no las creian; y que no habian de ser oidos los que acaso me dijese: *¿de dónde sabes tú que aquellos Libros han sido dictados y dados á los hombres por el Espíritu de un verdadero Dios y veracísimo?*

Porque esto mismo era lo que mas principalmente se habia de creer, puesto que nin-

guna conferencia con motivo de las muchas cuestiones que yo habia leido en diferentes filósofos que mutuamente se impugnaban y contradecian unos á otros, jamás me pudo inducir á que tuviese la menor duda acerca de vuestra existencia, aunque ignorase todo lo que Vos podais ser, ni tampoco acerca del cuidado y providencia que teneis de las cosas humanas.

8. Es verdad que todo esto lo creia yo unas veces con mucha valentía y firmeza, otras veces con alguna flojedad; pero siempre creí que Vos existíais, y que teníais cuidado de nosotros, aunque no supiese ni lo que debíamos pensar y sentir de vuestra sustancia y naturaleza, ni cuál era el camino por donde habíamos de ir ó volver á Vos. Por eso hallándome imposibilitado de encontrar la verdad con razones humanas, seguras y ciertas, vine á conocer que para esto nos era necesaria la autoridad de las sagradas Escrituras; y comencé á creer que de ningun modo hubiérais dado tan grande autoridad y aprecio en todo el mundo á aquellos Libros, si no quisiérais que os creyésemos por aquella Escritura, y os buscásemos por ella mis-

ma. Porque ya atribuía á la profundidad de sus misterios todo lo que antes me parecia absurdo en tales Libros, despues que muchos de aquellos pasajes que me repugnaban, los oí explicar en un sentido probable.

Su autoridad me parecia tanto mas respetable y mas digna de creerse con una fe sacrosanta, cuanto la Escritura es por una parte fácil de ser leida de todos, y por otra esconde en un sentido mas profundo toda la dignidad de sus misterios, dándose generalmente y acomodándose á todos por sus palabras llanísimas, por la sencillez humilde de su estilo, y ejercitando al mismo tiempo los entendimientos de los que no son leves de corazon en el creer. De aquí resultan dos cosas muy importantes: la una es, recibir á todos universalmente en su seno; y la otra, ser muy pocos los que llegan á Vos, Verdad eterna, teniendo que pasar é introducirse como por estrechos poros, penetrando la corteza de la letra; los cuales pocos sin embargo son muchos mas de los que serian, si no estuviera la Escritura en tan altísimo grado de autoridad, ó no recibiera y abrazara indiferentemente á todo el mundo en el seno

de aquella santa humildad y sencillez de su estilo.

Pensaba yo todas estas cosas, y Vos, Señor, me asistáis; suspiraba, y me escuchábais; vacilaba, y me gobernábais; proseguia caminando por el anchuroso camino del siglo, y Vos no me dejábais solo.

CAPÍTULO VI.

Del infeliz estado de los ambiciosos, al través del ejemplo de un pobre mendigo que estaba muy alegre.

9. Ardía mi alma en deseos de honores, de riquezas y de matrimonio; y Vos, Señor, os burlábais de mis ansias y proyectos. Padecia en semejantes deseos amarguísimos trabajos, siéndome Vos en esto tanto mas propicio y favorable, cuanto menos permitíais que hallase dulzura en todo lo que no érais Vos. Ved como os manifiesto todo mi corazon, pues habeis querido, Señor, que me acuerde de todos estos beneficios, y os rinda gracias por ellos. Haced que de aquí adelante esté mi alma unida á Vos, que la des-

embarazásteis de aquella tan tenaz y pegajosa liga de la muerte.

¡Qué infeliz era aquel estado de mi alma, cuando Vos teníais que punzarla en lo mas delicado y sensible de sus llagas, para que dejadas todas las cosas se convirtiese á Vos, que sois sobre todas ellas; y convirtiéndose á Vos, lograrse su sanidad! ¡Qué miserable era yo entonces, y de qué modo hicisteis que conociese mi miseria! Llegó el dia en que habiéndome preparado para decir en alabanza y presencia del Emperador un panegírico, en el cual habia de mezclar mentiras y lisonjas con que merecer el aplauso y favor de los mismos que sabian la falsedad de mis elogios, en aquel dia, pues, en que mi corazon no respiraba sino estos cuidados, abrasado en los ardores de varios pensamientos que le angustiaban, pasando por una calle de Milan, eché de ver á un pobre mendigo, que despues de bien harto, segun creo, estaba retozando y alegrándose. Esta ocasion me hizo suspirar y decir á los amigos que me acompañaban muchos sentimientos y quejas de nuestras locuras; pues con todos nuestros estudios y conatos, cuales eran los que en-

tonces me afligian, estimulándome con los acicates de mis codicias y ambiciones á traer sobre mí la pesada carga de mi infelicidad, y haciéndola mas pesada solo con traerla, no pretendia otra cosa, ni aspiraba á otro fin que llegar á conseguir una alegre tranquilidad, á donde habia llegado antes que nosotros aquel pobre mendigo, y acaso no llegaríamos jamás á conseguirla. Porque la alegría de una felicidad temporal, que aquel pobre habia alcanzado ya con unos pocos dineros que le habian dado de limosna, esa misma era á la que yo anhelaba, y la que buscaba por tan penosos caminos y trabajosos rodeos. Es cierto que la alegría que aquel pobre gozaba, no es la verdadera alegría; pero mucho mas falsa era la que yo buscaba por los medios que me sugeria mi ambicion; y á lo menos aquel pobre estaba alegre, y yo angustiado; él estaba seguro, y yo temeroso.

Ahora bien, si alguno me preguntara qué queria mas, estar con alegría, ó estar con temor, responderia sin duda que mas queria estar alegre. Y si me volviera á preguntar, si queria mas ser tal como era aquel, ó ser tal como me hallaba entonces, escogiera pri-

mero ser lo que yo era, aunque tan lleno de cuidados y temores; pero esta eleccion la haria mi perversidad, no la recta razon fundada en la verdad. Porque el ser yo mas sábio que él, no era la razon que me debia mover para anteponer mi estado al suyo, supuesto que de mi ciencia no sacaba yo gozo ni alegría, sino que me valia de ella para agradar á los hombres, no con el fin de destruirlos, sino solamente con el designio de agradarles. Por eso Vos, Dios mio, *con el báculo de vuestra correccion y enseñanza quebrantábais los huesos de mi dureza.*

10. Nadie diga, pues, *que hay mucha diferencia* en los motivos y causas que tiene un hombre para su alegría; pues que si aquel mendigo se alegraba con su embriaguez, yo deseaba alegrarme con *aplauso y gloria*. Porque ¿con qué gloria, Señor, habia de alegrarme, siendo una gloria que no estaba en Vos? Que si la alegría de aquel pobre no era verdadera, tampoco era verdadera gloria la que yo buscaba, y que entorpecía y trastornaba mi razon, mas que al otro su embriaguez. Además en aquella misma noche habia de digerir aquel mendigo el vino con que se

habia embriagado; pero yo habia ya muchos dias que dormia y me levantaba con mi embriaguez, y habia de proseguir durmiendo y volviéndome á levantar muchos dias sin desecharla.

Es verdad que debe considerarse la diferencia que hay entre los motivos y causas de la alegría: bien lo conozco y lo sé, que la alegría que nace de la esperanza cristiana, es mayor incomparablemente que la que provenia de aquella vana gloria. Aun bajo este concepto entre mí y el pobre habia una distancia y diferencia muy grande, conviene á saber, que él era actualmente mas feliz que yo, no solo porque estaba rebosando alegría, al mismo tiempo que yo estaba lleno de cuidados que me arrancaban las entrañas; sino tambien porque él con buenas palabras habia adquirido el vino, y yo con mentiras buscaba mi vana gloria.

Estas y otras muchas cosas semejantes dije entonces á mis amigos, y en tales reflexiones que hacia con frecuencia consideraba cuál era mi estado y cuán mal me hallaba; y en medio del sentimiento y tristeza que me causaba esto, se duplicaba mi mal de tal modo,

que si me sucedía alguna cosa favorable, tenía repugnancia á aprovecharme de ella, porque casi antes de asirla, se me iba de las manos y volaba.

CAPÍTULO VII.

Como apartó á su amigo Alipio de la locura de los juegos circenses.

11. Sentíamos y llorábamos estas cosas todos los que vivíamos junta y amigablemente; pero en especial y con grandísima familiaridad y confianza las trataba con Alipio y Nebridio, el primero de los cuales era como yo natural de Tagaste, de las mas nobles y primeras familias de aquel pueblo, pero era mas jóven, pues habia sido mi discípulo cuando comencé á enseñar en dicha ciudad, y luego despues en Cartago. Este me amaba mucho, porque me tenia por hombre de bien y docto; é igualmente amábale yo por su bella índole y gran muestra que daba de virtud, que aun en sus pocos años se descubria. Pero la impetuosa corriente de las costumbres de los cartagineses, aficionadísimos á vanos

espectáculos, le habia sumergido y llevado á la locura de los juegos circenses¹. Al mismo tiempo que él andaba miserablemente envuelto y agitado de estas olas, enseñaba yo la retórica en las escuelas públicas de la ciudad; pero él todavía no estudiaba conmigo entonces, ni me tenia por su maestro, á causa de cierto disgusto que entre mí y su padre se habia suscitado.

La noticia que yo tenia de su funesta pasión por aquellos juegos me afligia gravemente, por parecerme que estaban para perderse ó ya podian darse por perdidas las grandes esperanzas que de él se tenian. Mas no tenia yo proporcion alguna para amonestarle con la satisfaccion de amigo, ni para apartarle de aquellos juegos con alguna reprehension, usando con él de la autoridad de maestro; porque yo juzgaba que en orden á mí estaria en la misma disposicion que su padre, y á la verdad no era así. En efecto, posponiendo él la voluntad de su padre, en cuanto al resentimiento que habia entre los dos, me habia comenzado á saludar y á venir á mi aula, donde estaba un rato oyendo lo que yo explicaba, y luego se iba.